

LA CULTURA DE LA LIBERACION EN NUESTRA AMERICA

Por José Antonio Portuendo

Resulta difícil hallar una denominación común para el rico complejo cultural que integran los pueblos que José Martí reunió en el concepto de Nuestra América. Este rebasa el marco estrechamente lingüístico que significara Hispanoamérica, ceñida al idioma español, o al de Iberoamérica, que incluía el portugués, y hasta al de Latinoamérica que añade a los francófonos. La creciente participación protagónica de las Antillas y demás tierras caribeñas --Nicaragua, Salvador, Granada, Guatemala, Belice, Guyana, Panamá, Surinam-- en la cada vez más agitada historia contemporánea del Nuevo Mundo, con sus modos de expresión ingleses, holandeses y sus dialectos criollos, sin olvidar la presencia constante, y cada vez más poderosa de los aportes indígenas y africanos, en el intrincado proceso de transculturación, desborda las viejas nomenclaturas, demasiado estrechas para significar el sustancioso ajiaco cultural descrito por Fernando Ortiz, que se cuece ardientemente a nuestra vista y en el cual, conscientes de ello o no, participamos todos. Mientras no hallemos término más justo y preciso, seguiremos, por consenso, llamando Latinoamérica a Nuestra América, para diferenciarla, como quería Martí, de "la América que no es nuestra".

La cultura latinoamericana, expresión de la existencia económica, política y social de Nuestra América, vive hoy bajo el

signo apremiante de una enconada lucha de liberación. Las artes plásticas, en sus manifestaciones más entrañablemente americanas --el muralismo y el grabado revolucionario mexicanos, el dolor y la denuncia que claman en los muros y en las telas de Sabogal, de Guayasamín o Portinari-- prevalecen sobre la evasión abstraccionista, y las escuelas posteriores. La música va del folclorismo a la denuncia y la protesta más ardientes, y la literatura se empena, sin mengua de un persistente retoricismo barroco, en liberar la expresión de una conciencia continental, clavada en la cruz de contradicciones esenciales. Los estudiosos de la filosofía se afanan en la definición precisa de la cultura latinoamericana y en la determinación de la posible originalidad del pensamiento de la América Latina. Para el peruano Francisco Miró Quesada, por ejemplo, la filosofía latinoamericana será dependiente mientras sus cultivadores no dominen cabalmente la técnica filosófica. Para el uruguayo Arturo Ardao es necesario distinguir entre filosofía americana, es decir, planteamiento de los problemas universales de la filosofía desde la América Latina, y filosofía de lo americano, en la cual Nuestra América, su historia, su cultura, el hombre latinoamericano, constituyen el objeto peculiar de la filosofía. Hace varios años que el mexicano Leopoldo Zea discute sobre "la filosofía latinoamericana como filosofía de la liberación", y por todos los ámbitos del subcontinente latinoamericano, de vieja tradición católica, brota y se extiende una "teología de la liberación", que invade ya y preocupa a las antiguas y nuevas metrópolis. En el primer congreso del Partido Comunista

de Cuba, celebrado en La Habana, del 17 al 22 de diciembre de 1975, fue discutida y aprobada una tesis, ratificada en el segundo congreso de 1980, "sobre la cultura artística y literaria", en la cual se afirma:

La explotación colonial y neocolonial implica, además del despojo de las riquezas y la servidumbre política, múltiples deformaciones culturales. Los explotadores imponen su cultura, contando en general con la complicidad de las clases opresoras de los propios países colonizados o neocolonizados y aprovechando el retraso cultural de las clases oprimidas, retraso que ellos cuidan de agudizar y perpetuar .

Las creaciones de la nación opresora son presentadas como realizaciones de validez universal, sirviendo además, para medir las producciones del país explotado; estas últimas serán más o menos apreciadas en la medida en que se aproximen o no a los modelos establecidos. Las que divergen de esos modelos son subestimadas y consideradas simples productos inferiores. A lo que aspira la clase dominante es a que el país oprimido llegue a creer que la lengua, las costumbres, las modas, las artes del opresor son fatalmente superiores a las suyas y que, en

consecuencia, renuncie a su propio ser, se entregue a la imitación y se aisle de las fuerzas que puedan apoyar su liberación. Con ello no sólo se empobrece, sino que espiritual y materialmente queda a merced del enemigo.

En estos dos párrafos que acabamos de citar se resume certeramente el problema de la dependencia cultural y el de la determinación, necesariamente revolucionaria, de una cultura propia. Problemas estos que preocuparon a varias generaciones de pensadores y artistas latinoamericanos desde los días mismos en que comenzaron a surgir, en la etapa colonial, las diversas conciencias nacionales, primero, y luego, frente al enemigo común, el imperialismo neocolonizador, la conciencia continental, latinoamericana. Para el argentino Gregorio Weinberg, empeñado "en una ordenación conceptual o periodización de las grandes corrientes del pensamiento latinoamericano, con el propósito de referirlas a sus dimensiones históricas, sociales y culturales (...), habría para nosotros tres momentos: el primero, "cultura impuesta"; el segundo, "cultura aceptada o admitida"; y el tercero, "cultura discutida o criticada". El primer momento, "la cultura impuesta", corresponde al período colonial en el que existe una dependencia absoluta, económica, política, ideológica, de la metrópoli conquistadora y colonizadora. Predomina una concepción dogmática, escolástica, apenas conmovida por los primeros vagidos de la conciencia criolla, que es más viva en las artes plásticas y en la arquitectura que en el pensamiento, esencialmente hispánico y barroco,

del Lunarejo (1640-1682) o de Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695).

Con la independencia política se inicia el momento de la "cultura aceptada o admitida". La burguesía criolla emprende, sobre modelos franceses, ingleses y norteamericanos, el surgimiento y desarrollo de una típica economía del "crecimiento hacia afuera", de vinculación a los mercados internacionales, como compradora de productos manufacturados y exportadora de materias primas. Con las mercancías nos llegan las ideas extranjeras que tratan de acomodarse a las capacidades de consumo locales. Podríamos afirmar, precisando el concepto de Weimber, que al momento de la "cultura impuesta", colonial, sucedió el de la "cultura aceptada o admitida", neolonial. Detrás del lema del argentino Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), "Civilización o Barbarie", del entusiasmo romántico por lo francés y el anhelo de la burguesía criolla de adoptar el modelo norteamericano, está la penetración gradual del capital extranjero, la neocolonización que se revela en todas las esferas de la cultura. En la llamada "generación de los fundadores" que en la década del 60 del siglo pasado, sienta las bases de la dominación burguesa, desde la Argentina hasta México, podemos advertir los rasgos de esta "cultura aceptada o admitida", caracterizada por Weinberg, que ha sabido ver asimismo las contradicciones internas de la burguesía criolla y sus primeros enfrentamientos al imperialismo naciente. Desde 1847 lucha México contra la penetración yanqui que le roba la mitad de su territorio nacional y, pocos años más tarde, contra el "imperio" de

Maximiliano, impuesto y sostenido efímeramente por las bayonetas de Napoleón el Pequeño. Weinberg sitúa el punto crítico de esta etapa cultural en 1930, como consecuencia de la crisis general del capitalismo determinada por el crac norteamericano de 1929. Pero antes que este indudable factor externo, se habían producido ya en Hispanoamérica acontecimientos internos de gran intensidad y trascendencia, el más importante y significativo de los cuales lo constituye la Revolución Agraria Mexicana, iniciada en 1910. La nueva conciencia americana se anuncia en el vigoroso movimiento de pintura y grabado mexicanos que impulsa en toda Nuestra América un retorno a las raíces temáticas y formales del arte indígena y estimula el "descubrimiento" del negro como factor de integración cultural en importantes porciones de América Latina y del Caribe. La literatura dirá, mejor aún, este retorno a la tierra esclavizada bajo un nuevo colonial je y mostrará a sus hombres en lucha incesante contra explotadores nacionales y extranjeros. Es todo un arte y una literatura que se inspiran en "los de abajo", pero que no constituyen aún la propia voz, la conciencia, del campesinado y del proletariado latinoamericanos. La Revolución Mexicana asentó el poder de una nueva burguesía, pero inició también el impulso liberador de las masas explotadas y el nacimiento de un arte y de una literatura, de una cultura, en fin, esencialmente latinoamericanos.

El tercer momento de Weinberg, el de la "cultura discutida o criticada", corresponde a nuestra etapa actual y debe llamarse con mayor justeza "cultura de la liberación". Esta cultura surge como

reacción frente al imperialismo y a las formas de dependencia cultural impuestas por éste. El imperialismo, como fase superior del capitalismo, tal como ha sido descrito por Lenin, penetra, en la América Latina a fines del siglo XIX. Desde las entrañas del monstruo, José Martí (1853-1895) denunció el fenómeno expansionista y llamó a todos los pueblos al sur del Río Grande a luchar contra el enemigo común. Son numerosos los artículos, ensayos y cartas en que Martí reclama con urgencia apasionada la unión estrecha de los pueblos que integran la América Latina para luchar por su definitiva independencia. Y siempre destaca la esencial unidad cultural de nuestros pueblos. Su ensayo titulado "Nuestra América", aparecido en 1891, constituye la primera declaración de independencia de todos nuestros pueblos frente al imperialismo. No hay línea de este ensayo admirable, escrito en la mejor prosa modernista del libertador cubano, que no vaya cargada de ideas madres, repleta de conceptos esenciales que definen nuestro peculiar ser americano. Frente al criterio sarmientino, que expresa el pensamiento de la burguesía criolla dominante en la etapa de la "cultura aceptada o admitida", neocolonial, que desprecia al indio, al mestizo y al negro, integrantes esenciales de los pueblos nuevos de nuestra América, que se afana en introducir modelos, inmigrantes y capitales extranjeros, Martí proclama la urgencia de partir de las raíces mismas originales, del hombre natural, para lograr la definitiva integración de las naciones latinoamericanas.

Por eso --afirma Martí-- el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al crio-



llo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder; y han caído en cuanto les hicieron traición. Las Repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

No olvida Martí, en este admirable y penetrante análisis de Latinoamérica, el nuevo peligro que, para su integridad, significa el naciente imperialismo norteamericano. Y advierte:

Pero otro peligro corre acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña.

E insiste, más adelante:

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próxima, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe.

Ni se ha olvidado tampoco Martí de señalar quiénes han de encabezar la lucha de los pueblos nuevos contra el vecino imperialista, quiénes constituirán el ejército más firme en la batalla por su definitiva liberación: "¡Bajarse hasta los infelices y alzarlos en los brazos! --demanda-- ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos". E ilustrando la exhortación con su propio ejemplo, puso en los trabajadores emigrados de Tampa, Cayo Hueso, Ocala y Nueva York las bases del Partido Revolucionario Cubano.

Las palabras de Martí no hallaron eco inmediato entre sus contemporáneos. La generación Modernista (1880-1910) adoptó una actitud de evasión, solipsista y platónica, frente al imperialismo. El Ariel (1900) de José Enrique Rodó (1871-1917), que influyó en toda una generación de escritores hispanoamericanos, opone al empuje "materialista" del imperialismo, un idealista cultivo de la "libertad" espiritual de cada hombre. Rubén Darío (1867-1916) escribirá su protes-

ta en las alas blanquísimas de los cisnes... Pero, entre tanto, "el Norte revuelto y brutal que nos desprecia", denunciado por Martí, impuso su dominación económica en Nuestra América, con absoluto desprecio hacia una cultura que desconocía y desdeñaba. Ya en la segunda mitad del siglo resulta imposible ignorar o menospreciar la presencia rapaz del imperialismo que impone múltiples formas de dependencia cultural.

La penetración cultural norteamericana en los países latinoamericanos va más allá del proceso normal de transculturación entre pueblos contemporáneos, en un mundo que los <sup>medios</sup> masivos de comunicación hacen cada vez más permeable a todo tipo de intercambio, de fecundaciones y de síntesis. Nada puede impedir el influjo del jazz o de las nuevas corrientes arquitectónicas, el desarrollo de la técnica o la avasallante influencia de escritores como Faulkner o Hemingway, en los jóvenes narradores de Latinoamérica. Para éstos el problema está en no calcar servilmente los modelos foráneos, sino aprovechar la lección de esos creadores para hallar, en su propia circunstancia, temas inéditos y modas entrañables, peculiares, de expresión. Aprender a bucear en el propio espíritu nacional y latinoamericano, como aquellos lo hicieron en el norteamericano, enfrentándose, como ellos, a la alienación del hombre contemporáneo, tanto en las metrópolis como en las nuevas colonias del imperialismo. Lo que hay que combatir con todas las fuerzas disponibles es el intento "desculturizador" de los Estados Unidos en los países sometidos a su imperio, en los cuales la prensa, la radio, la televisión, el cine, los li-

bros y demás medios masivos de comunicación constituyen instrumentos al servicio de sus principales órganos de propaganda y espionaje.

En este proceso de "desculturización" hay un caso dramáticamente ejemplar: Puerto Rico. Invadido desde 1898, por los Estados Unidos, al final de la guerra hispano-cubano-norteamericana, y considerado como territorio ocupado y botín de guerra, con desprecio absoluto de la autonomía que poseía en esos instantes la isla, el gobierno de ocupación se propuso imponer el inglés como lengua oficial a una población que hablaba únicamente español. Toda la historia cultural de Puerto Rico, desde ese instante hasta hoy, constituye una lucha heroica por conservar su integridad cultural, expresada en lengua española. De un modo deliberado y tenaz el gobierno norteamericano ha querido borrar cinco siglos fecundos de tradición cultural hispánica, imponiendo su lengua a la nueva colonia, disfrazada apenas con el título de Estado Libre Asociado.

Pero hay aún otra faz más trágica del proceso de desculturización que sufre Puerto Rico y es el de los emigrados a los Estados Unidos, especialmente los que se hacinan en "el Barrio" de New York. Dramaturgos, narradores y poetas como René Marqués (1919), José Luis González (1926), Emilio Díaz Valcárcel (1929) han descrito el horror de una existencia degradada por el desprecio y la explotación sin límites, en el corazón de la metrópoli yanqui. Ninguno, sin em-

bargo, puede alcanzar a describir la magnitud de la incomprensión y del desprecio que emana de los análisis supuestamente científicos del fenómeno boricua, como los realizados por el sociólogo norteamericano Oscar Lewis (1914-1970) en sus libros La vida (en el Barrio puertorriqueño de New York) y Antropología de la pobreza (1961). Lewis, que había obtenido un éxito de escándalo con sus obras Children of Sánchez (1961) y Pedro Martínez (1964) en las que pretende pintar "objetivamente" la vida de una familia de "pelados" mexicanos, sin penetrar realmente en su entraña, ha elaborado una "explicación del fenómeno de desculturación que aspira a justificarlo como revelación de una filosofía o cultura de la miseria, surgida en los antiguos tugurios de Tepito o del Barrio, con sus propias tablas de valores, tan válidas según él, como las de la clase explotadora. Se trata, como es obvio, de una anticientífica justificación del fenómeno de degradación, de desculturación, a que somete el imperialismo a las porciones más explotadas del campesinado, del proletariado y del lumpen-proletariado latinoamericano. La rebelión de los "chicanos" en el sudoeste norteamericano ha venido a poner de relieve la magnitud de esa explotación, de ese proceso implacable de desculturación.

Frente a esta dramática realidad, algunos pensadores latinoamericanos se impusieron la tarea de descubrir y exponer la ontología del latinoamericano desde ángulos fundamentalmente idealistas, dentro de la órbita del irracionalismo alemán de Dilthey, Husserl,

Scheler, Heidegger, et. al., cada vez más ajenos al quehacer cotidiano de nuestros pueblos. La lucha creciente de éstos sacudirá a la generación más joven y de ella surgirá toda una "filosofía de la liberación", como la ha denominado Leopoldo Zea. Para Zea se trata de "la filosofía propia de esta nuestra América" La filosofía como toma de conciencia de nuestra realidad; la filosofía, también, como conciencia de las posibilidades de una praxis que ha de servir, no para nuevas formas de dominación, sino de liberación. Filosofía de liberación versus filosofía de dominación. Pero no para nuevos enfrentamientos, sino para que éstos sean innecesarios. Filosofía, también, que haga de la naturaleza un instrumento del hombre, pero no del hombre instrumento de otros hombres. Esta filosofía, buscando al hombre en su realidad, se ha encontrado con otros hombres y otras realidades. Hombres en situación semejante a la de los de nuestros pueblos. Hombres pugnando, como los nuestros, para alcanzar formas de sociedad que no sean las de la dominación y la dependencia. Hombres con los cuales los nuestros van sintiéndose solidarios. Solidaridad como punto de partida de una más amplia solidaridad que haga imposibles nuevas formas de dependencia. Dentro de esta filosofía se vienen ya expresando hombres de diversas latitudes del llamado Tercer Mundo, del mundo del que nuestra América es parte ineludible. Toma de conciencia de una realidad que trasciende, no sólo nuestras fronteras nacionales, sino también continentales. Solidaridad en la dependencia que puede transformarse en solidaridad en la libertad.

Esta nueva concepción de la filosofía latinoamericana responde ahora plenamente a la realidad histórica de nuestra América empeñada, en todos los frentes, en una dura lucha por su definitiva liberación. Lucha que tuvo ya en José Martí preclaro anunciador y que fue definida en su dimensión y trascendencia universales por José Carlos Mariátegui (1895-1930), para quien "la revolución latinoamericana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista". Y añade:

A Norteamérica capitalista, plutocrática, imperialista, sólo es posible oponer eficazmente una América Latina o ibera, socialista. La época de la libre concurrencia, en la economía capitalista, ha terminado en todos los campos y todos los aspectos. Estamos en la época de los monopolios, vale decir, de los imperios. Los países latinoamericanos llegan con retardo a la competencia capitalista. Los primeros puestos están definitivamente asignados. El destino de estos países, dentro del orden capitalista, es el de simples colonias. La oposición de idiomas, de razas, de espíritus, no tiene ningún sentido decisivo. Es ridículo hablar todavía del contraste entre una América sajona materialista y una América latina idealista, entre una Roma rubia y una Grecia pálida. Todos éstos son tópicos irremisiblemente desacre-

ditados. El mito de Rodó no obra ya --no ha obrado nunca-- útil y fecundamente sobre las almas. Descartemos, inexorablemente, todas estas caricaturas y simulacros de ideologías y hagamos las cuentas, seria y francamente, con la realidad.

La Revolución Cubana inició, en 1959, ese ajuste de cuentas con la realidad. Es indudable que el triunfo de una revolución socialista, antimperialista, a noventa millas de los Estados Unidos de Norteamérica, tenía que constituir un factor determinante en la nueva cultura de la liberación que se impone con ímpetu arrollador, ya no sólo en nuestra América, sino en todos los pueblos subdesarrollados, integrantes del mal llamado Tercer Mundo. La Revolución Cubana prestó de inmediato la debida atención a los problemas de la descolonización cultural y en el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura, celebrado en La Habana del 23 al 30 de abril de 1971, se plantearon y discutieron con amplitud esos problemas para llegar a conclusiones tajantes que aparecen incluidas en su "Declaración final", entre las cuales figuran estos términos definitorios:

Los pueblos de los países colonizados y explotados del mundo actual no vacilarán a la hora de elegir el camino. No sólo tienen que luchar contra la opresión económica de los monopolios, sino también oponerse y rechazar las ideas y los modelos culturales neocolonizantes. El imperialismo ha practicado contra estos pueblos el genocidio cultural, ha intentado subvertir sus valo-



res nacionales y su lengua. Este proceso de aniquilamiento ha sido una constante en nuestros tres continentes, y se ha manifestado con brutal magnitud en Vietnam, Laos y Cambodia.

Es decir, la batalla de vida o muerte hay que darla en todos los frentes: en el económico, en el político y en el ideológico.

Desde las metrópolis, los aliados conscientes del imperialismo tratan de influir en los pueblos subdesarrollados y someterlos al neocolonialismo cultural. Es la realidad que han tenido que sufrir los países explotados.

Combatimos todo intento de coloniaje en el orden de las ideas y de la estética. No rendimos culto a esos falsos valores que reflejan las estructuras de las sociedades que desprecian a nuestros pueblos.

Nuestras expresiones culturales contribuirán a la lucha de los pueblos por la liberación nacional y el socialismo.

No transigiremos con lo que el imperialismo difunde como sus expresiones artísticas más logradas, entre las que resalta la pornografía, que constituye la manifestación inequívoca de su propia decadencia. Una sociedad nueva no puede rendir culto

a la inmundicia del capitalismo. El socialismo no puede comenzar por donde finalizó Roma. Nuestras obras artísticas elevarán la sensibilidad y la cultura del hombre, crearán en él una conciencia colectivista, no dejarán terreno alguno para el diversionismo enemigo en cualquiera de sus formas.

He aquí un programa claro y preciso de política cultural encaminado a la descolonización de nuestros pueblos, expresión elocuente, a la vez, de esta nueva cultura de la liberación que aspira a desterrar todas las formas de dependencia cultural, impuestas por el imperialismo, y a determinar los rasgos esenciales de una cultura propia, latinoamericana.

Este "encuentro de intelectuales por la soberanía de los pueblos de Nuestra América", en el que estamos participando, constituye una batalla importante en el amplio frente de la lucha por la liberación latinoamericana contra el imperialismo que, en estos mismos días, amenaza con destruir a la humanidad en una vesánica hecatombe nuclear. Nunca como ahora resulta más urgente cerrar filas, construir una unidad monolítica de auténticos intelectuales, entes de razón, frente a la absoluta irracionalidad del imperialismo, persuadidos de que nada podrá detener la marcha torrencial de los pueblos hacia un mundo, ahora sí verdaderamente Nuevo, en que se afirme y resplandezca, como anhelara Martí, la dignidad plena del hombre.

José Antonio Portuondo

Agosto 31, 1981.